

Las paradojas de la amistad

Relatos y desacuerdos
de la transición española



Prólogo de Juan Rosell

**Manuel
Milián
Mestre**

Las paradojas de la amistad

Relatos y desacuerdos
de la transición española

MANUEL MILIÁN MESTRE

G2000

© Manuel Milián Mestre, 2024
© del prólogo: Juan Rosell

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2024
Gestión 2000 es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024
Depósito legal: B. 14.292-2024
ISBN: 978-84-9875-581-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Arteos Digital, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



La paradoja del otro

Tal vez algunos no entenderán la razón de este libro, probablemente porque desconocen la raíz misma de la amistad: la esencial existencia del *otro*. Sin dos resulta metafísicamente imposible la amistad. Nadie es sólo amigo de sí mismo; en cualquier caso, esa regresión a uno mismo nos conduciría inequívocamente al egoísmo supremo, a la egolatría; y en un grado menor a la marginación. No existe barrera más infranqueable para la amistad que el egoísmo que conduce a un escenario de egolatría, donde por lo común el otro desaparece o queda reducido a la mínima expresión.

La amistad es una clara expresión del amor y de la generosidad, de la que dimana el clima de comprensión del otro. No alcanza el límite en que Ortega y Gasset sitúa el enamoramiento —«la necesidad esencial del otro»— en su delicioso ensayo *Estudios sobre el amor*, cuya lectura sembró de ideas mis ansiedades de juventud. No entiendo al otro sino desde esta perspectiva. Una razón causal que ha conducido mi vida por los caminos de la amistad, por paradójica que pudiera resultar; que ha determinado, a menudo, mis pasos y mi pensamiento, aun en territorios que me eran ajenos, o, incluso, contrapuestos a mi manera de pensar y de ser.

San Agustín de Hipona, que fue un gran amante, al punto que describe la novela *Vita brevis*, de Jostein Gaarder, gestó la idea que establece un ajustado punto de partida para esta versión retrospectiva de

los senderos de la vida de uno. Según él, platónico como era, *ex abundantia cordis, os loquitur* ('de la abundancia del corazón habla la boca'). Hablamos de lo que sentimos, y el sentimiento, al igual que las emociones, nace del corazón, fluye naturalmente, como un curso de agua cristalina que desciende de los montes en riachuelos que se remansan entre prados y arboledas, o torrentes agrestes que parecen querer devorar su entorno.

La deriva de esta emoción que mana de la fontana profunda del alma da lugar al vínculo que subyace en la auténtica amistad hasta la muerte. Nada volverá ya a ser ajeno en lo que le acaezca al amigo. Ningún eco de su voz será desatendido. En cada paso habrá una ayuda, el auxilio inexcusable, o el báculo en que apoyarse. Esa certeza le confiere a la amistad la categoría de esencia en la existencia de los hombres. Y quien no lo crea así, que deje de leer este libro que trata de justificar —o mejor, explicar— la peripecia existencial del autor, en virtud del apoyo de los demás; de ese *otro* que jamás dejó su condición y prestó la mano, o las ideas, a quien lo necesitaba. Por eso también no existe mayor dolor que la traición de un amigo, el rechazo de su ayuda o la pérdida de esa garantía que rompe el criterio de fiabilidad.

Cuestión distinta es la aceptación del otro. Esa construcción de la otredad permite el inequívoco entendimiento del amigo tal como es, y el pleno respeto a la diferencia en el ser, en el pensar y en el obrar. Jamás tuve dificultad para aceptar al otro tal como es, pues respeté la diferencia y su criterio. Y en ello me acojo a Aristóteles en su *Ars Rhetorica*, cuando sostiene: «Sólo una mente educada puede entender un pensamiento diferente al suyo sin necesidad de aceptarlo». A partir de lo cual, mi vocación perenne de construir puentes entre dos orillas ha sido un afán constante que no ha hecho más que enriquecerme espiritual, moral e intelectualmente con el tiempo. De igual forma que, en mi opinión, a la verdad se llega casi siempre desde la heterodoxia, en un curso de búsqueda irrefrenable. De otro modo, acomodarse acríticamente en la verdad ortodoxa puede inducir a su degradación o a su uso utilitarista.

La amistad se forjó en mí según llegaron los acontecimientos de la vida. Desde el día en que nací en un valle entre ríos de Els Ports de Morella, Forcall, fui, de alguna manera, desposeído de la familia por causa de la tuberculosis de mi padre derivada de la guerra, de las condiciones que hubo de soportar en las postrimerías de las contiendas en Bétera y Valencia. Luchaba en el bando republicano, en el que le sorprendió el conflicto durante su servicio militar obligatorio.

El año 1943 era una frontera entre la «paz» de la victoria de unos

frente a la derrota de otros en aquella lucha, fratricida e implacable, en la pequeña sociedad del valle del Bergantes, del Calders y del Cantavella. Perduraban los odios acallados por el implacable dominio de los vencedores. Probablemente mi apellido sería otro, de no haber sido inmolado el novio de mi joven madre durante la contienda. Mis primeros diez años quedaron mellados por tremendas vivencias, por odios irredentos que, como niño, percibía, por las graves alteraciones del maquis en las tierras del Alto Maestrazgo y el vecino Bajo Aragón. Escuchaba en mis primeros años historias terribles de asaltos y muertes en aldeas y masías, amén de otros avatares ferozmente bélicos de la Segunda Guerra Mundial que oía en la radio —«el parte» de Radio Nacional— o leía en titulares de los diarios que a mi casa llegaban. *Las Provincias* (de Valencia) o *La Vanguardia Española* (Barcelona). A los tres años ya atendía a las explicaciones nada estimulantes de mi abuela Dolores o de mi tío sacerdote, que, por otra parte, mantenían la disciplina como una norma inevitable para la buena educación.

Aquellos primeros seis años en Forcall fueron un círculo de experiencias inexplicadas, una suma de sorpresas que forjarían mi vivencia de los males y tragedias que, o bien en casa de mis padres y abuelos, o en mi residencia rectoral, se prodigaban a partir del drama humano que todos ellos habían experimentado en carne propia. Mi abuelo materno dos años en la cárcel de Castellón aguardando la muerte por ser «rico» (¿?) y carlista; mi abuela materna, dura y valiente, soportando el empeño de la familia y los negocios que tuvo que levantar para dar de comer a los suyos; mi madre, jovencísima, tuvo que abandonar la escuela a los 7 años para ayudar en el comercio familiar; mi tía Eulalia fallecida a los 18 años al ser engañada por el falso asesinato de su padre, mi abuelo Juan Bautista; mi tío Gervasio y mi padre, José Vicente, regresados del frente con heridas en el alma, y en el caso de mi padre con los pulmones carcomidos por la tuberculosis, tras tres años de guerra en el bando rojo, el de quienes intentaron asesinar a su hermano, mi tío sacerdote, escondido en un zulo bajo el tejado de su casa; mi abuela paterna, viuda, sobreviviendo a duras penas, y ocultando a su hijo con alto riesgo de su vida, y en la penuria que he podido constatar en el impresionante epistolario que conservo en mi poder, y cuya lectura todavía hoy me estremece. Finalmente, mi tío abuelo Francisco Mestre Querol —el tío Roquis—, fusilado en Castellón por las fuerzas nacionales por su condición de comunista. Imposible un cuadro de mayores desgracias.

Dos recuerdos de aquellos años de la posguerra han marcado mi vida: la prohibición, que a mis 5 años, mi madre me impuso de guardar

relación infantil con mi amiguito Juan, que había regresado del exilio francés con sus padres: «No te acerques a él, que es como el demonio», me advirtió mi madre. O el grave aviso materno cuando me prohibió visitar la casa vecina de la señora María la Roquissa, que me mimaba con sus golosinas y almendras tiernas, y que yo ignoraba se tratase de la viuda de mi tío abuelo Francisco, cuya identidad sólo descubrí a mis 22 años por confidencia de dos amigas de mi abuela, ya fallecida. El aviso de mi madre, que yo no comprendí, fue muy severo: «Manolito, no entres en casa de la tía María la Roquissa, pues cuando tu abuela te ve en su compañía sufre un disgusto que tú no puedes ni imaginar».

La segunda experiencia determinante sucedió tras finalizar la guerra europea. Una noche aparecieron en mi casa rectoral media docena de niñas austriacas que Cáritas Internacional trasladó a Forcall para ser adoptadas por familias acomodadas. Dos de esas niñas, rubitas y asustadas, primas ellas, fueron acogidas de inmediato: una en mi casa (Silvia Schultz), y la otra (Cristina Schultz) la adoptó una gran dama, doña Dolores Palos, en su residencia, adyacente a la nuestra. Fue aquél un año prodigioso de convivencia con ambas. Silvia se convirtió en mi hermanita: jugábamos juntos y dormíamos en la misma cama, donde nos peleábamos con la mayor de las inocencias. Silvia me relataba en alemán historias de su Viena natal, de su papá caído en la guerra —cuya foto llevaba consigo—. Me hablaba tiernamente de su madre, quien le escribía periódicamente, y su alemán se confundía con mi catalán, de modo que yo entendía ya su vocabulario germano y ella acabaría utilizando mi idioma nativo. Términos como *kartoffel*, *mutter*, *fraulein* u *onkel* se han instalado en mi subconsciente, al extremo de que siempre apelaba a mi tío como *onkel*, y muchos lustros después, cuando él habitaba en Roma largas temporadas en sus investigaciones en el Archivo Secreto Vaticano, yo lo italianicé llamándole *onkelini* hasta su fallecimiento en 1989.

Nunca he olvidado a aquella muchachita austriaca, que un día regresó a Viena reclamada por su madre. Su adiós fue la mayor de las tragedias de mi niñez. Nos abrazamos llorando al pie de la escalerilla del autocar que las regresó a su tierra natal. Aquella desgarradora escena a la salida del pueblo, frente a Casa Caixes, ha quedado en mi recuerdo como una herida cruel de la cual no he logrado resarcirme todavía. En varias ocasiones traté de localizarla, y siempre fracasé. En cierta ocasión, siendo ya diputado, escribí desde el Congreso de Diputados, en los años noventa, al presidente de Austria, Kurt Waldheim, solicitándole su localización. El presidente austriaco me mandó al Congreso una señora

de la Embajada de Austria en Madrid para confirmar que era imposible localizarla. Años después alcancé a saber que se había casado con un español, o latinoamericano, y se había trasladado a vivir a Venezuela. Todavía hoy conservo sus fotos y las cartas de su madre como un tesoro, y mi nostalgia se ha poblado de memorias de aquel tiempo con la imborrable figura de aquella niña, que fue para mí una hermanita, y cuya suerte desconozco. Llegó con cuatro años y medio, y partió al borde de los 6. Probablemente es una de las páginas más tristes de mi vida, el recuerdo más intenso, cuya llama jamás ha cesado en mi alma.

Esta historia, que merecería una novela, ha marcado mi existencia, y tal vez mi profundo sentido de la amistad imperecedera. De su memoria se derivó un sentimiento de permanencia insuperable, y quizás ha impregnado mi concepto de fidelidad a los sentimientos más sólidos en su consistencia inalterable de los años y las circunstancias. Silvia Schultz será mi eterno deseo del reencuentro fallido, la mayor de las frustraciones. A tal punto es así, que me negué por años a ir a Viena. No podía superar la idea de que en su ciudad no sería justo no encontrarla, no poderla abrazar. Cuantas veces he retornado a Viena mis ojos fueron permanentemente en su búsqueda inútil; y en toda jovencita rubia traté de identificarla vanamente con un perverso sentido de la acronía.

El concepto existencial de la amistad que aprendí de niño cobraría una mayor dimensión en mis largos años de adolescencia y juventud en el Delta del Ebro. Nueva escuela primaria, entre compañeros, por mí desconocidos. A los siete años de edad, vino a suponer un abrir fronteras mentales en un lugar que me era ajeno, Perelló. En esa adolescencia todo fue distinto: mentalidad social, carácter de las gentes, vivencias políticas, prácticas religiosas.... Una población de más de 2.500 habitantes, de cultura absolutamente rural y agrícola, donde el mulo y el carro eran imprescindibles para la economía. La gente no asistía apenas a misa (catorce personas cuando llegó mi tío de cura), y el paisaje humano parecíame un tanto extraño, dado que sus habitantes habían votado mayoritariamente a ERC durante la Segunda República. Las huellas de la terrible batalla del Ebro eran perceptibles en sus calles con casas demolidas todavía por los bombardeos nacionales. Las postrimerías bélicas habían legado huellas palpables en casi todo. En lo humano, por ejemplo, me llamaban la atención las bodas de la gente mayor, casi clandestinas, a las cuatro de la madrugada; o estas celebraciones seguidas del bautizo de los hijos, ya más allá de la adolescencia. Para aquel niño que era yo todavía, supuso el descubrimiento «del otro», de la diferencia, de lo que era tan distinto a mí, educado en el «correcto» pen-

samiento y la disciplina religiosa estricta. Sería mi primer contacto con la España no nacional: los rojos, tan denostados en casa de mis padres y abuelos. Los malos.

Sin embargo, dos figuras emergieron en aquel momento en mi formación: la enorme liberalidad de mi tío, el cura párroco de Perelló, y la ejemplar educación que recibí de un maestro republicano represaliado, al que adoré y *de facto* adopté como «mi segundo padre», tal como lo dejé escrito en una dedicatoria: Amadeu Pallarès Lleó y su esposa Paca Gilabert. Esos dos admirables ejemplos de tolerancia y respeto al otro bautizaron mi vocación por lo ajeno, y de ahí mi pasión por construir puentes entre ambas orillas del río, que para algunos supone una inexorable frontera: en el entendimiento.

Perelló fue para aquel adolescente, recién salido de las montañas de Els Ports, el descubrimiento de otro universo distinto del que había sido mi escenario hasta entonces. Frente a unos hábitos tradicionales y de estirpe conservadora algunos de ellos, todavía corolario del carlismo, este nuevo universo del Delta tenía más que ver con *Cañas y barro*, de Blasco Ibáñez, que con la lírica pureza de mosén Cinto Verdguer. Casi todo me era extraño: desde los juegos infantiles (correr el aro, las canicas, el juego del *perrot*, incluso las bicicletas...) hasta las tradiciones. La iglesia recuperada en la posguerra por «Regiones devastadas», casi siempre vacía de feligreses; las procesiones, menguadas... pero los bailes, llenos, en particular durante las fiestas de San Antonio Abad en el gélido enero, donde el pueblo festejaba a su santo patrón y bendecía los animales: perros, mulos, asnos, gallinas... en la puerta de la iglesia.

En aquellos años cincuenta el baile «agarrado» era condenado desde los púlpitos por indecente. La costumbre inveterada en Perelló, por San Antonio, había sido el baile «agarrado» a la puerta de la iglesia parroquial y frente a la casa del párroco. Se denominaba el baile de la *Darrera* (un premio que consistía en una suerte de tarta con un distintivo). Cuando llegó mi tío, el baile había sido prohibido en ese lugar ante el templo parroquial. En su primer año mosén Manuel Milián Boix restableció la añeja costumbre en el lugar de siempre. Gran farra a toda orquesta y mucho jolgorio de jóvenes y viejos. En la casa abadía esa noche festiva, cenaban algunas personas con el cura y el alcalde (Pepito Margalef). En cierto momento, el balcón se abrió, y en él aparecieron cura y alcalde en fraterna camaradería, para compartir la noche del baile «agarrado» popular. Fue la gran sorpresa. Las gentes aplaudieron, los jóvenes bailaban y la orquestina subió el tono. Creo recordar, al modo de

Bienvenido Mister Marshall (film de García Berlanga), que incluso alcalde y párroco se marcaron un discurso desde el balcón para regocijo general. Todo un éxito.

A partir de ese momento, mosén Manuel visitaba a los feligreses en sus casas, atendía a los enfermos en sus domicilios, arreglaba necesidades que apercibía, y, no pocas veces, depositaba bajo la almohada del enfermo un billete con discreción. Más adelante, empezó a redactar testamentos, según permite el derecho catalán, que luego validaba el notario de Tortosa. A partir del 20 de cada mes el lamento de mi abuela era inexorablemente idéntico: «¡Manuel, que no nos queda dinero para llegar a fin de mes!». Y mi tío se reía. Pronto la casa se llenaría de dádiva de los feligreses: huevos, gallinas, jamón, embutido, aceite, muchísimas aceitunas y montones de algarrobas que no sabíamos qué hacer con ellas. También la iglesia se sació de feligreses, y en las misas dominicales ya no se cabía. Los más remisos se ubicaban al fondo del templo y, de pie, entre ellos, el maestro represaliado y republicano Amadeu Pallarès Lleó.

Y he aquí cómo empiezo a descubrir la hermosura del diferente, del otro, del que suma la humanidad a una sensibilidad notable que él depositaría en sus lienzos de artista pintor, oficio en el que trataba de ganarse el sustento. Mosén Manuel empezó por trabar amistad con él, hasta convertirse prácticamente en hermanos. Lo reconcilió con el alcalde franquista, le aupó en su promoción como pintor, a través de críticas y artículos que el erudito sacerdote publicaba en revistas catalanas y en otras publicaciones de arte valencianas. Poco a poco, Pallarès Lleó empezó a exponer en Tortosa, Barcelona, Castellón (Morella), Tarragona y, más adelante, en Suecia, donde un coleccionista y marchante se entusiasmó con su obra (el señor Anders) y le proporcionó clientela, al punto de que Amadeu Pallarès se trasladaría a Suecia e intentaría aprender el sueco, confeccionándose un vocabulario sueco-catalán.

Amadeu Pallarès Lleó fue mi maestro particular. Él, al comienzo, daba un «repaso» privado. Luego abrió un aula, a la que acudíamos una docena de alumnos, a los que nos daba clases de catalán. Mi tío quiso que yo asistiera a esa suerte de academia privada que se estableció en la calle Espartero, inmediata a la plaza Mayor, y no lejana de una casa en ruinas donde habitaba un cuervo negrísimo, que obedecía al nombre de Paco, y que nos divertía a los niños que lo incitábamos a darnos su nombre: el animal respondía con un sonido entre metálico y gutural «Paaa-co». En ese escenario entrañable se desarrolló mi admiración y mi cariño por el maestro pintor republicano Pallarès Lleó. Pronto pasaba yo

más horas en su casa que en la mía; comía con ellos, jugaba con su hija María Teresa, con la que compartía por Navidad el *tió*, o *Tronc de Nadal, caga turró i pixa vi blanc*. Fueron mis años de locura y perennes descubrimientos entre los 7 y los 10 años.

A partir de esta experiencia se me derrumbaron las fronteras y los tópicos: era una familia maravillosa, a la que yo me adapté como hijo, que cubrió todas mis carencias de niño lejos de los suyos, y con los que yo perdí incluso mi sensación de orfandad por lejanía. Aquellos «rojos» de Perelló eran buenas personas, seres entrañables y maravillosos. Fue la época más hermosa de mi niñez y adolescencia. Todo aquel universo de mi infancia, nombres y personas incluidos, andan hoy todavía en mi memoria y en mi subconsciente. De nadie me he olvidado, y sólo fueron tres años. He aquí el descubrimiento de la otredad; tal vez apostillaría, de *mi otredad*.

Es en ese proceso donde uno interpreta las claves de la aceptación comprensiva del otro, sin menoscabo alguno ni recelo. El cúmulo de experiencias ajenas revierte en patrimonio y riqueza del amigo. Primero es compartir, luego atesorar. Del contraste de ambas percepciones surge la síntesis que sedimenta una vía de perenne comprensión mutua. Una suerte de fraternidad voluntaria y construida entre ambos. De aceptar al otro tal como es, no caben ya las rupturas, ni las dudas, ni las vacilaciones.

La propia experiencia vital me ha enseñado a descubrir y asumir esos valores. Mis años posteriores de juventud y estudio en Tortosa (de los 10 a los 21) me adujeron el soporte teórico a lo que yo ya había descubierto, consolidado desde la adolescencia, al leer y traducir el breve tratado de Marco Tulio Cicerón, *De amicitia* ('Sobre la amistad'). Su pensamiento en este particular ha llenado mi existencia de beneficios y satisfacciones humanas. Cicerón exalta, justamente, este papel esencial de la amistad en las relaciones humanas: además es el bien mayor para el ser humano después de la sabiduría.

Está basada en la nobleza de las personas y debe ser un sentimiento totalmente desinteresado [...] es lo que une a las personas y lo que cohesiona sociedades.

La falta de amistad es la causa de enfrentamientos y deslealtad entre personas y pueblos.

Cicerón exalta el papel de la amistad en las relaciones humanas, sociales y políticas. La amistad para Cicerón es una virtud que hay que

valorar, saber conservar y tratar como se merece. Además es el bien mayor para el ser humano después de la sabiduría. La amistad está basada en la nobleza de las personas y debe ser un sentimiento totalmente desinteresado que no busca lo útil sino lo noble, es lo que une personas y lo que cohesionan sociedades. Uno de los factores más importantes de la amistad es el diálogo.

Para Cicerón la amistad debería ser honesta y eso trasladarlo a la vida pública. La amistad no debe ser interesada, debe nacer del corazón y actuar con inteligencia. La falta de amistad es causa de enfrentamientos y de deslealtad entre personas y pueblos.

De la palabra *amor* es de donde surge el término *amistad*, compartir una amistad es el resultado de confianza entre personas. Una de las bases fundamentales de la amistad es el respeto. En definitiva, no cabe nada más valioso para Cicerón que la amistad.

El respeto al otro es una condición esencial para la convivencia, sin ello resultaría imposible una sociedad estable, la familia como cenáculo de valores, o la democracia como sistema. Como escribe Cicerón, «la amistad es una derivación del amor; se establece entre dos o más personas», exclusivamente en el ámbito de la sinceridad y de la mutua confianza. «Son dignos de ser amigos —asevera en su *De amicitia*— aquellos en los que en su propio carácter se halla la causa por la que son apreciados.»

La causa, generalmente, es la empatía, la comunión de inquietudes —no necesariamente de ideas—, la fiabilidad, la búsqueda participativa de la verdad en las cosas y en los sentimientos. «El ser humano —reitera el tribuno romano— no sólo se aprecia a sí mismo, sino que también busca a aquellos con cuyo espíritu pueda combinar el suyo de tal manera que casi salga uno de donde había dos.»

Este pensamiento ciceroniano forjó casi una espiritualidad de la amistad en mis modos de relacionarme a lo largo y ancho de mi vida; de tal manera que así fue incluso en la política; no busqué inspirar el miedo o el temor para generar el respeto, como algunos trataron de enseñarme erróneamente, sino el afecto, la vía de la mutua comprensión y una conducta coherente con mi pensamiento, y mis convicciones. Nadie podía equivocarse en la puerta de acceso a mi confianza; y nadie debía errar el camino, buscando la coacción, el compromiso impuesto o la amenaza. Todo lo cual queda para los seguidores de la doctrina del poder, de Nicolás Maquiavelo. Justamente, si alguna cosa me atrajo de Manuel Fraga fue ese consistente sentido del ser, y no del parecer. Era, quizás, autoritario, pero razonaba y sopesaba los argumentos cuando

alguien merecía ser atendido por sus sólidas razones, aunque le llevase la contraria.

Tal vez por ello yo admiré a ese descomunal político gallego, que, por estadista, se quedó en el banco de espera, sin alcanzar el pleno poder al que por sus virtudes de gobernante tal vez se hizo acreedor. Venía de otras singladuras, y eran tiempos nuevos... Sin embargo, en Londres conocí su dimensión de la amistad y el respeto. Hombres como Fernando Morán (socialista), Gregorio Peces-Barba (socialista), Ramón Tamames (a la sazón del Comité Central del PCE), Hugh Thomas el historiador, lores y diputados británicos fueron sus amigos. Respetaba la inteligencia, y no le importaba la ideología. Con todo, sus cualidades han sido deformadas, caricaturizadas, y sus defectos exageradamente subrayados. Mas no es ahora mi objetivo —otro libro habrá— detenerme en su figura, aunque sí en su magisterio humano. Reconozco que me influyó en la vida política, al igual que su reflexión moral en su ensayo *El antimachiavelo*.

De igual manera, los personajes que aparecerán en este libro merecen su presencia y consideración, no sólo por lo que han sido, sino por lo mucho que me aportaron en su amistad y testimonio. De todos ellos recibí lecciones, y a todos les debo gratitud y respeto, al margen de toda coincidencia o divergencia en el modo de ser o de pensar. Algunos alimentaron mi alma con sus virtudes, y de ellos aprendí no poco en esta aventura de navegante solitario que desde niño me deparó la vida. Lejos siempre de mi familia y de mis padres, hube de proveerme de autoprotección y medios donde quiera que hubiera una singladura de mi peripección personal. De ahí mi eterna gratitud a los amigos que me ayudaron, sin los cuales jamás hubiera iniciado un ciclo existencial tan rico. Y, entre ellos, se cuentan, cual sólidos referentes de mi vida, el periodista José María Hernández Pardos (director de *El Noticiero Universal*); el empresario Eduardo Tarragona, que me quitó el pelo de la dehesa; el empresario y banquero José María Santacreu —a quien le debo buena parte de los medios y recursos para llevar a cabo tantas actividades profesionales y políticas—; Pedro Penalva (profesor de Derecho Romano), y Eduardo Moreno (abogado); mis amigos cotidianos con el añadido del pintor Hernández Pijuan; el empresario Francisco Rubiralta, casi un hermano; el *president* Tarradellas —a cuyo regreso del exilio aporté mi granito de arena—; a la familia entrañable de Juan Rosell, y a muchos otros que no he mencionado y mencionaré. Para ellos será siempre mi gratitud y respeto, en la perfecta aquiescencia del aviso ciceroniano: «Pues quien priva a la amistad del respeto, elimina su mayor ornamento».

Me he preguntado a menudo por esa naturaleza del sentimiento de amistad incommovible que siempre profesé; por qué nunca dejé de ser amigo de quien lo fui; cómo el tiempo sólo modifica las circunstancias ubicacionales pero no aqueja la esencia del sentimiento y su perenne lealtad. Todos estos interrogantes, paso a paso, con los años, los he ido despejando con exactitud casi matemática. Es mi obsesión filosófica por la causalidad de la fenomenología humana, quizás una herencia de mi formación escolástica, y, en este supuesto, tal vez, tomista: «No hay efecto sin causa, y una causa proporcionada». Y, a menudo, mi análisis fenomenológico alcanzó la fuente, la *causa causarum* que todo lo aclara con transparente perspectiva.

Dos muertes me despejaron la incógnita. La primera, la de mi madre, tan querida como ausente, en mi vida. El día que me nacieron (14 de julio de 1943), esa misma tarde me bautizaba mi tío mosén Manuel Milián Boix, en la iglesia parroquial de la Asunción de Forcall. Y esa tarde, mi abuela paterna Dolores y mi tío se hicieron cargo de mí por imperativo médico, al estar mi padre gravemente enfermo de tuberculosis. Ya nunca viví de forma continuada con mis padres. Ellos me visitaban por las noches, y en el primer año mi madre me amamantaba sistemáticamente en casa de mi abuela. No recuerdo un beso de mi padre en mis primeros años. Los médicos lo consideraban contraproducente y arriesgado.

Cuando nació mi hermano Vicente, ya se había producido la intervención en el pulmón afectado de mi padre, y, por ende, los médicos permitieron que aquel niño y los siguientes dos más, pudieran crecer al calor de mis padres. El problema surgió cuando mi abuela se negó a que yo regresara a la casa paterna. Y así fue, por múltiples avatares hasta el fallecimiento de mi madre. Yo visitaba periódicamente a mi familia, pasaba parte de las vacaciones con mis padres y hermanos en Morella; llegué a compartir con ellos todo el año 1964 a causa de una enfermedad y del reposo que precisaba; conviví con mis padres algunos meses en mi hogar en Barcelona, durante los tres años de tratamiento del cáncer de mi madre en el Hospital de Sant Pau, que se ha convertido para mí en un tótem familiar por las muchas gratitudes que les debo a la institución y a sus doctores.

Mi madre, Pilar, falleció en 1978 con 62 años, tras una dura agonía de dos semanas, y una admirable resignación que no se borrará de mi alma. Fue para mí muy edificante. Y, tras expirar y ser amortajada, me quedé, reclinada mi cabeza sobre la suya, a solas con ella durante una hora. Fue un diálogo del alma emocionante y hermoso.

Fue la confesión más agradecida, el momento más íntimo y bello de mi vida.

La conclusión se evidencia por sí misma: mi peregrinaje solitario por la vida me llevó, a partir de este sentimiento de soledad personal, a crearme un universo de intimidades legadas con mis amigos, que se transformaron en mis hermanos, en mi propia y personal familia. De ahí que en mi implícito concepto de la amistad se da una clave, no siempre habitual: mi amigo es mi hermano, y ese nexo ya es por sí mismo inviolable. De nuevo la luz del gran maestro Cicerón: «Todos creen que sin la amistad ni hay vida alguna, si al menos desean vivirla de alguna manera con gusto».

La segunda prueba de cuanto digo sucedió bastantes años más tarde, ya entrado el siglo XXI. Mi experiencia existencial en Washington D. C. (Estados Unidos) resultaría ser una catarsis en mi sentido de la realidad, en mis vivencias amorosas, en mi reconsideración del mundo y de la vida, en la recomposición de mis ideas sobre la política y la gobernación, sobre las vicisitudes de la historia y el cambio del pensamiento social y de los sistemas. El mundo ya no se componía de disyuntivas (buenos y malos), ni de militancias fixistas (blancos y negros, derechas e izquierdas). Muchas categorías cambiaron en mi conciencia y el subconsciente que la ilumina. La libertad era la real libertad. La democracia era la voluntad expresada libremente por el pueblo soberano. La libertad de uno mismo terminaba donde se iniciaba la del otro. El federalismo era la libre disposición de los pueblos a unirse: *ex pluribus unum*, cual reza el lema de la nación americana (tan distinto a nuestras autonomías). Aquel universo me devolvió el gusto y el alma. Se empoderó de mí. A mi regreso a España ya nada me parecía como antes de este periplo de tres años. Los padres de Filadelfia me habían tomado mucho más que mi precedente manera de pensar. *We, the people* y otros documentos fundacionales de la nación americana fueron enmarcados para mí y me han acompañado siempre donde quiera que habite.

Semejante milagro tuvo sus padrinos, para quienes mi gratitud será eterna. Mamá Dale —una madre de siete hijos, católica profunda— solía añadir en momentos de intimidad que «no son siete mis hijos, sino nueve». Los dos añadidos eran su marido, Joe, y su apéndice casero que fui yo durante aquellos años. Era tal su preocupación por mi salud física —que remediaba el doctor César Augusto Cáceres, hondureño— y espiritual, que un día después de la misa dominical en la parroquia de Our Lady of Good Counsel, en Virginia, me espetó con cariñosa delicadeza:

—Manolo, ¿cuánto hace que no te confiesas?

—No lo sé, pero antes de llegar a los Estados Unidos —repuse.

—Eso no es lo correcto. Debes ir a confesarte yo mismo.

—Pero, no sé el suficiente inglés para hacer una confesión, Dale —me justificué.

—Manolo —su mirada fue un venablo directo—, iese lo arreglo yo ahora mismo!

Al día siguiente, ese pecador que para «mamá» Dale era yo, recibí una llamada telefónica en la que se me indicaba la iglesia y sus señas, donde ejercía su ministerio el *father* Michael. La cita y la hora exacta ya acordada.

Ciertamente tuve que cumplir ese camino y ese compromiso, y el padre Michael me dio la absolución con su correspondiente penitencia. Eso sí, en un correcto español.

Aquella inmensa mujer, más de veinte años después, enfermó gravemente. Su marido, Joe, me telefoneó con el apremio de que presentía su muerte. No cupieron las dudas en mí. Tomé al día siguiente un avión y me trasladé a Washington D. C. para despedirme de aquella mujer y madre. Nada más llegar, me trasladé al hospital de Fairfax. Entré en su habitación y encontré a aquella mujer descomunal, rodeada de algunos de sus vástagos —Andrew, llegado de California donde trabaja en la industria del cine, y Joseph, John, Charles...—, y algún familiar más. Me impresionó verla, en estado terminal, a ratos inconsciente. Al acercarme y besarla, abrió sus ojos y me dijo: «Oh, Manolo, ¿tú por aquí?». Reteniendo mi emoción, acerté a bromear: «Tenía muchas ganas de verte, Dale».

Luego fui a almorzar con sus hijos mayores, que me advirtieron de que los médicos ya la habían desahuciado. No me lo podía creer. Tras el almuerzo, regresamos a su habitación.

A la caída de la tarde, la habitación estaba llena y la cama rodeada por sus hijos, nueras, y otros familiares. Todos rezábamos por Dale. Y en un momento en que empezó a jadear, y ya inconsciente, todos en pie, empezaron a cantar un espiritual negro que me emocionó al límite de las lágrimas. Nunca había visto una escena de amor semejante, una despedida tan maravillosa; un homenaje semejante a aquella dama, de alma fuerte, firmeza de carácter, semejante a la de mi madre.

Dale falleció en la madrugada del 30 de mayo de 2013, cuando su esposo y yo dormíamos en la casa familiar en Vienna. Al desayunar ante la ventana del jardín, llegó uno de sus hijos para anunciarnos que mamá Dale había fallecido de madrugada. La mirada que Joe y yo nos cruzá-

mos quedará para siempre impresa en mi memoria entre lágrimas. Las mías, de gratitud infinita.

Raudos salimos hacia el Hospital General de Fairfax. La habitación estaba en silencio, sus hijos velaban sus despojos, algunos rezaban. Dale, ya cadáver, tendida sobre la cama.

Yo experimenté un impulso irrefrenable. Me acerqué a la cabecera, contemplé su rostro por última vez (de una expresión serena), y la besé en la frente. Nunca lo había hecho a un cadáver, ni a mi madre. Pero era tal mi gratitud por lo que Dale me había dado en cariño, amistad y compañía, que no fue un esfuerzo mi reacción, sino un acto de amor para quien, como ella, me había saciado de ternura, de amistad, a más de siete mil kilómetros de mi casa y de mi familia. De Dale había aprendido muchas cosas, pero, ante todo, la entrega y la generosidad con sus hijos y hacia los demás. «La amistad —reza Cicerón en su tratado— nos ha sido entregada por la Naturaleza como ayuda para las virtudes, no como una compañera de los defectos.»

Para vivir la vida rectamente es deber imprescindible la amistad. Amar a los amigos por serlo; respetar sus ideas y su modo de ver las cosas; y obrar en consecuencia como hermanos que nunca, nunca, fallan.